



Víctor Ramírez nació el 30 de junio del año 1944 en San Roque, barrio de Las Palmas de Gran Canaria. Libros suyos de narrativa son *Cada cual arrastra su sombra* (1971 y 1989, y traducido al italiano este año del 94), *Cuentos cobardes* (1977), *Además lo primero* (1978), *La piedra del camino* (1980), *Lo más hermoso de mi vida* (1982), *Diosnoslibre* (1984), *Nos dejaron el muerto* (1984, 1990 y 1993), *Arena rubia y otros relatos* (1991), *La vez entre después y ahora* (1991), *De aquella zafra* (1992), *Desde el sur* (relatos, 1996), *Sietesitios queda lejos* (1998), *El arrorró del cabrero* (1999). Actualmente, y bajo el título genérico "Crónicas apartidas", la Editorial Benchomo edita sus relatos cortos, habiendo aparecido *Cada cual arrastra su sombra*, *El arranque*, *Además lo primero* y *La taza vacía*; en imprenta, a mediados de noviembre del 2002, están los números cinco y seis: *La vez entre después y ahora* y *Bala de goma*. Y de reflexiones periodísticas son los libros *Respondo* (1993), *La Escudilla* (1994), *La rendija* (1997), *Palabras de Amazigh* (1998), *Desde el callejón sin salida* (1999), *En la burbuja* (2000) y *El paraíso podrido* (2001). En imprenta se encuentra *El fósforo encendido*. Con Rafael Franquelo ha editado *La guitarra del Atlántico* (1973), *Literatura Canaria. Antología de textos: siglos XVI-XX* (1976), *Rumores paganos* (1980, y también con Ángel Sánchez), *Cuentos canarios contemporáneos* (1980), *Narrativa canaria del siglo XX* (en tres volúmenes: 1985, 1987 y 1990) y *Catre de Viento* (1993).

ESPEJOS DE TURBIA LUZ

Reciba mi más sentida condolencia, don Augusto. No sabe usted cuánto me acongoja la terrible desgracia. Aquel pésame nos sonó de manera inusitada, aun sabiendo de quién procedía.

Nos lo sonará por la ostentación de su énfasis en medio del silencio funerario: retumbando pastoso en toda la sala y saliendo lentamente por el ventanuco que daba al terraplén convertido en terraza sobre la ladera que bajaba hacia el barranco. Ahí, en la terraza, lo oíría yo: sentado solitario y señorial en un butacón colombiano...

(seguramente mi tía abuela Perfidia María abre los ojos con sobresalto y aprovecha para emitir uno de sus suspiros más significativos, el suspiro silbado: pues había comenzado la época del asma primaveral; y tía abuela Perfidia María suele quedarse adormilada nada más agarra un lugar cómodo y por la tanta agua de tila que toma a cualesquiera momentos)

Quienes ocuparan las sillas rodeando el ataúd girarán la cabeza cuando oigan aquel vozarrón solemne tan reconocido. La girarán al mismo tiempo y como resortados: comprobando que en efecto se trataba del señor maestro. Pero había entrado solo, sin su inseparable mujer.

Y vendrá emperchado con el traje de ir a misa, a procesiones, a las peleas de gallos,

al fútbol, a los combates de boxeo y demás solemnidades sociales. Vestía su terno gris plateado y con rayitas negras; calzaba las sandalias canelas de tres agujeros siempre recién abetunadas...

(faltó muy poco al maestro para acabar siendo sacerdote: pues estaría de seminarista casi diez años; y la vocación se le esfumará cuando se enamorare perdidamente de él uno de sus profesores teológicos más místicos fogosos y apremiantes; quien sí había llegado a serlo total sería su hermano mayor Maguncio Israel, que incluso rigió parroquia durante bastante tiempo allá por Brasil o Guayana y que ahora vive marital senil con tía abuela Perfidia María)

De sus experiencias selváticas quedaban a señor Maguncio lo aparatoso de sus gestos litúrgicos sin venir a cuento y la superstición diabólica ante cualesquier hembras preñadas que se cruzara en luna llena, principalmente gatas. Pero dejaría definitivo el sacerdocio y recaló por acá hace tres inviernos.

Y sus mañanas transcurren ahora en la playa desde el alba: paseando y bañándose, largo panzudo atezado por el permanente sol marino. Todas las tardes hasta la madrugada podemos verlo borracho consciente y tocando vihuela: cantando coplas inventadas y relatando poético a sus compinches las más extrañas e interesantes confesiones que mujeres de toda edad le hicieran sacramental por su época parroquiana.

Vive el endino de la pensión y de los ahorros y alquileres de tía abuela Perfidia María, que le sobrepasa casi cinco años y lo adora como a dios resucitado cuando menos lo esperabas. Yo, sin embargo, le odio a muerte. Yo, sin embargo, rezo todas las noches a una imagen natural de San Paladio bendito, apóstol furibundo de los escoceses en el siglo quinto. Le rezo para que reviente de una vez el maldito borracho fanfarrón Maguncio maldito...

(ese hermano del señor maestro sin embargo apenas si habla mínimamente cuando está sobrio; hablaría muy poquito, ya que le pueden mucho los remordimientos por el tanto tiempo perdido sacerdotal y por el rencor sordo que te produce la proximidad inminente de esa muerte inexorable para todos y después de haber malgastado la vida sólo entre miedos y mintiendo al servicio de los ricos poderosos: entonces saca su rosario jíbaro y no parará de musitar oraciones negras, las mejores oraciones para preparar borracheras y desmanes de viejo mastodóntico)

Pues al principio vivirá señor Maguncio Israel en una habitacioncita de azotea que antes fuera palomar. Vivía ahí cerca: en casa de su hermano el maestro para disgusto permanente y silencioso de la cuñada, nuestra sufrida doña María Magdala.

Pero ésta siempre obedece sin rechisto a su señor marido y cumplirá con esmero las órdenes de cuidar exquisita al hermano político Maguncio de los infiernos. Éste aportaría, en principio, casi todo el dinerito ganado en una modesta academia dando clases de latín y griego tarde y noche...

(tiene alrededor de los sesenta años y subía al primer coche de hora que baja para la capital tras el mediodía: volviendo ya cenado en el último, más tarde de la medianoche; y desde que aprendiera a tocar definitivamente bien la vihuela, ya liberado del trabajo académico, no había noche en que compay Maguncito dejare de venir hacia la loma: antes de las ocho menos cuarto le veremos entrar a la taberna de Diablo Santo, hombre moruno que creía en las palabras del Papa más que todos en el barrio, muchísimo más inclusive que el mismito párroco don Onésimo Murillo y sus cinco feligresas más adeptas)

Aquí lo aguardaban tres de nuestros más afamados parranderos para acompañarle la juerga. No, Maguncio Israel tampoco vendrá al verbenero velorio del hijo chico de don Augusto.

No iría a ninguno de los velorios desde que dejara el sacerdocio profesional definitivamente. Ni siquiera estuvo en el de su cuñada Magdalita meses después, al año siguiente por carnavales.

Cuando hubiere sucedido esta pérdida fatal, preferirá él coger barco y cruzar hasta Tenerife con un compañero de cuando daba clases en la Academia y tres muchachitas alquiladas a buen precio. Por teléfono y telegrama extraurgente daría borracho el pésame más sincero a su hermanito del alma...

(los veré en la explanada del muelle: iban vestidos ellos dos de curas reglados aprovechando sotanas que había Maguncio Israel mantenido entre sus recuerdos materiales y ellas tres de monjitas tropicales con unos hábitos prestados por amigo director de murga carnalera; al mes siguiente de la sentida pérdida de su cuñada, y por no poder soportar las melancólicas manías místicas de su hermano viudo, se arregló para ponerse a vivir conyugal senil con mi tía abuela Perfidia María solitaria y rica heredera: como ésta tenía mucho dinero ahorrado y bastantes ingresos mensuales, además de pocos gastos, acabará señor Maguncio dejando las clases en la Academia)

No, no llegaron a matrimoniar oficialmente Maguncio Israel y Perfidia María. Sería él quien se negara mediante mentiras bien calculadas y sólo por respeto caritativo a nosotros, los pobres herederos de mi tía abuela.

Ésta, de vez en cuando, insistirá arrebatada de celos en casarse cuanto antes y adoptar dos o tres hijos: para fastidiarnos a sus parientes naturales. Él volvía a engañarla con una imposibilidad teológica por su pasado sacerdotal y en espera de la precisa dispensa papal siempre próxima a venir...

(cierto es que nos extrañó mucho ver al señor maestro asomar en la sala mortuoria sin su esposa, sin doña María Magdala; extrañaba que se perdiera ella este evento tan decorativo del velorio en la mansión principal de don Augusto: rico tan poderoso; pues a todas partes iban ellos juntos cuando la ocasión lo requiriera para la ostentación solemne: surgiendo con el porte atiesado ambos y las plateadas gafas oscuras para incrementar esa tristeza propia de almas exquisitas que se subliman con músicas de Wagner y Brahms principalmente)

“Gracias, amigo Niceto, muy agradecido” –tras levantarse para recibir al maestro, dijo don Augusto parsimonioso y aspirando un sollozo al tiempo que volvía a llevar el pañuelito alcanforado hacia la nariz.

Empinado completo sobre la punta de sus pies, puso ambas manos en los hombros del campesinote azorado y humilde a pesar de la grandura y del prestigioso título académico. “¿Cómo sigue Señora Magdalita?” –don Augusto sabía hablar en voz baja que se entendiera nítida. Se notaba calidez sincera en la voz rasposa de uno de los más poderosos hombres de Sietesitios...

(desde que muriera colgado de castaño su hijo Matías en un internado lujoso madrileño por el torturador frío y con tan sólo trece años, acaso al no poder el muchachito soportar la acuciante nostalgia pertinaz de nuestras playas luminosas, pareció acabar para el maestro y su señora esposa la existencia vital: ya nada parecerá interesarles verdaderamente; y sus sonrisas se volvieron de pergamino pálido hasta que llegó rebotado de Angola o Mozambique el también gigantesco Maguncio Israel, enorme de envergadura y peso como su hermano pequeño)

“Anda deseando morirte cuanto antes la infeliz y por más que lo disimule, don Augusto. Ni siquiera el nieto logra sacarle la mínima alegría del alma”.

Pues el verano pasado había parido una de las dos hijas del maestro, la menor de ellas –que se llamaba Magnolia y ya no vivía en el pueblo. Ejercía la muchacha de enfermera y hubo conseguido trabajo en una clínica privada abajo, en la capital. Al poco se casó con hombre maduro, funcionario de Hacienda y nacido en Zamora, hombre a quien don Niceto aborrecía profundamente...

(esta casona de don Augusto, tremenda y con un solar haciendo de amplio patio y corralito al fondo por el otro detrás, hervía de gente; e incluso en la extensísima azotea montaron alargadas mesas con tabloncillos y burras para las suculentas consumiciones fúnebres; y muchos nos sentábamos al raso sobre el piso de toba: pues había yo preferido el airito fresco que venía del norte directo y subí al jolgorio desde que pude; subiré por la escalera exterior: una escalera de fierro gris que arranca del pequeño patio trasero de la panadería; y porque no había yo comido desde la mañana, sentí apetito y una cálida euforia de aprovechar el festejo funerario)

Luego me enteraré de que alguien, uno del Llano Alto, hubo apostado que se masturbaba allí mismo y sin que nadie se diere cuenta. Se masturbó dando la espalda al gentío, apoyado en el muro izquierdo y como si estuviese contemplando el mar al fondo.

Ganaría la apuesta: un kilo de aguacates moscateles comprado precisamente en una de las tiendas de don Augusto, la que está frente a la plazoleta del Ayuntamiento. El señor Alcalde y la corporación en pleno habían sido de los primeros que, fugaces, vinieran a rendir condolencia al ricachón y demás familia.

En la azotea ya aquello semejaba más a la celebración de algún agasajo alegre, que a la caridad de acompañar a dolidos en un velorio de potentados. Y no te extrañaría que poco antes de la medianoche empezare a sonar pianito una guitarra en un rincón de la azotea y que al rato se hubieran sumado otra guitarra y un timplillo y una bandurria: precisamente de los parranderos amigos del ausente Maguncio...

(ni te extrañará que detrás de cantares melancólicos apropiados para la tristeza pronto surgieran sonos auténticamente jaraneros: procaces algunos de ellos; y no te extrañas porque quizá fuera cierto que a pocos en Sietesitios les entristeciera mínimamente la trágica absurda muerte del hijo único del mandamás don Augusto hijodelagramputa: todos debíamos saber que la riqueza de éste hubo comenzado imparables tras haberse puesto la camisa azul de falangista: se rumoraba con certeza que hubiera él participado en desrisques por la Sima y la Marfea y el Bufadero directamente)

Oí diciendo con falsa voz compungida a mi ahijado Wilfredo El Velloso, ya borracho del todo, que “acaso fuera mala la idea de poner al alcance de todos tantas botellas de coñac y anís además del mucho vino de sus bodegas”.

Pero habían sido órdenes directas del mismo don Augusto sin hacer consideración a la advertencia suplicante de su afligida esposa y a los hocicones de sus tan consentidas hijas. “Que nadie chisme por ahí que la muerte pueda doblarme” –gritó sin levantar la voz el prócer y temblaron ellas...

(“en tales circunstancias, bebiendo y bebiendo sin parar, se pierde el tino fácilmente por el dolor y por los vapores exquisitos de tales magníficos licores”: quiso explicar otro cuando vino la guardia civil para botarnos a la calle; aquí, un servidor, sería de los poquitos que se gozaron el alboroto completo aguantando hasta después de que arrancare la autoridad con los más alborotadores: sin llevarnos al cuartelillo a quienes no fuéramos considerados peligrosos políticamente)

Pues se había extendido a todo el barrio y cercanías del pueblo la noticia de una fiesta guapa gratis que se ha montado en lo de don Augusto por el matrimonio o el cumpleaños de una hija o por el aniversario de bodas del matrimonio. Todavía hoy no me explico la ausencia del señor párroco don Onésimo Murillo y de sus cinco adeptas más acólitas.

Arriba, en la azotea aún con banderitas de papel y bombillitos coloreados de una celebración onomástica familiar reciente, no vi asomar una sola mujer en todo lo que durare el velorio bullanguero. Quienes subían incesantes las bandejas de bocadillitos y trozos de queso y carnes de baifo y de cochino eran el viejo Segundo Prieto, hornero jubilado de una de las panaderías capitalinas de don Augusto, y alguien al que apodaban el Ruso por sus modos ininteligibles y gesticulantes de hablar...

(y a las dos de la madrugada apenas sí cabía un alma más en la azotea: habiendo aparecido también el Trío Mayantigo con sus acordeones mágicos y para regocijo de todos los muchos amantes de tangos y boleros o corridos mexicanos; enseguida les pedí que cantaren “El Hijo Desobediente”, corrido que ellos interpretan como nadie y que yo acompañaré sin desafinar: “un domingo estando errante se encontraron dos mancebos echando mano a sus fierros como queriendo pelear, y cuando estaban peleando se acercó su padre de uno: hijo de mi corazón, ya no pelees con ninguno”)

Un ratito antes habían llegado nada más ni nada menos que las dos guitarras, el laúd venezolano y la armónica rumana de Los Cuatro Colorados: abuelo, padre y dos hijos –los cuatro intensamente pelirrojos y llenos de pecas marrones por todo el cuerpo. Con ellos suelen ir de cortejo bullanguero más de una veintena de parientes y allegados.

Los Colorados tenían justa fama de ariscas gentes surianas prestas al pleito a la primera discrepancia y sin importarles que siempre se rompieran los instrumentos musicales desde el mismo comienzo de la gresca, como así ocurriera poco después de las tres y media. No les importaba porque ellos mismo se los construían...

(era de esperar conociendo cómo se las gastan ellos cuando se enchispan: individuos que

parecen creer que sólo se es hombre si te parten la cara en pleito sincero a puñetazo limpio; y usted, señor Víctor, sabe que no miento: usted conoce tan bien como yo a Los Colorados; acaso les conozca inclusive más que yo: pues sus buenas juergas se han pegado juntos y sin medida; por eso fue una pena que no estuviera usted acá por esa fecha: para gozarse el velorio; y tampoco me extraña que le cueste aceptar que ninguna mujer subiere a la azotea para disfrutar de la juerga mortuoria: no subieron ellas porque las escaleras estaban guardadas por galletones sin escrúpulos ni reparos)

El que no se permitiere la subida a mujeres fueron órdenes expresas del mismísimo don Augusto. Llegó éste a estar con nosotros arriba durante un buen rato: ya próxima la medianoche y cuando aún se mantenía la calma. Subió para principalmente escuchar embelesado las folías maternas al trío Mayantigo.

Ese embeleso tan patente fue acaso lo que provocó celos en los díscolos Colorados, tan susceptibles musicalmente. Estoy por jurar que esos celos fueron lo que originaría la tremenda trifulca posterior: con tres heridos de gravedad, a lo que dejaron hospitalizados, y doce más que necesitarían asistencia médica de levedad...

(en la tal trifulca sí participaron mujeres y niños: pues se extendió por la plazuela y calles próximas a la casona, trifulca que obligó a celebrar el sepelio en la más completa intimidad familiar por rígida e inapelable prescripción gubernamental: la verdad es que empezaban ellos cantando muy bajito unas coplas tristes apropiadas para el sentimiento fúnebre con inclusive llanto armónico muy adecuado del patriarca Colorado)

Sin embargo, antes de pasada la media hora después de haber iniciado en rincón opuesto el Trío Mayantigo su actuación respetando la alternancia dispuesta por mi vecino Jeromito Pulido, yendo la gente de uno a otro rincón como peregrinando copa en mano, alguien ya borracho total pedirá que le acompañasen una isa majorera que tenía trabucada en el alma y que si no soltaba se asfixiaría mortal.

Le acompañaron esa isa majorera Los Colorados y la cantó como suele hacerlo el borracho sin escrúpulo en los amores, insultando las demás hombrías menos la suya. Pero nadie pareció prestarle atención: aunque ya el cariz de las canciones dejará de ser melancólico y respetuoso acorde a las circunstancias funerarias de la noche.

Para colmo don Augusto había dicho con sus propias palabras que no nos cortáramos el ánimo, que alegráremos los espíritus pues su hijito ya había llegado al Cielo según aseveración enfática de señora Munda en persona: mujer que estuvo en el velorio lo justo para asegurárselo sin el menor temblor de duda al tener ella trato directo con varios santos y ángeles de fiar...

(yo me había encaminado para lo de don Augusto desde mucho antes de que trajeran el muertito desde el Hospital: lo habían metido en ataúd no blanco ni negro, sino canelo clarito barnizado y con arabescos y crucifijo plateados: “a lo que manden”: dije brioso humilde a la criada principal Chonita Arráiz, quien ordenó enconada siempre conmigo: “vete a la azotea y echa una mano al Concho en lo de las mesas”)

Y me subí despacito y comiendo el papayo maduro que pude sisarle en la cocina. Del trágico asunto me hube enterado de los primeros en el barrio alto, amigo Víctor. Lo sabré estando concretamente en la cantina del Club: cuando asomé despavorido mi primo Benigno con su único ojazo pareciendo querer salirse para afuera, ojo que asustaba de cuán hermoso era de grande y verdísimo.

Otra vez su yerno marinero lo había pelado al rape: y el cráneo le brillaba de blancura, notándosele clarito las muchas machucaduras que cuando niño le hicieron en las tantas guerreas de piedras en que participábamos. Casi gritaba el infeliz Benigno ahogando la voz en una especie de aullido:

“¡mataron al Tito, mataron al Tito!”.

¿A cuál de ellos, malandre? —le preguntó el secretario del Club porque había muchos parroquianos llamados igual. En esos precisos instantes barría yo la parte de sentarse los socios a jugar dominó, ajedrez y baraja en el salón de juntas: donde estaba en alto un televisor chico sólo para cuando hubiera algún partido interesante y se apostaba fuerte.

Dejé la escoba apoyada contra el mostrador del bar y me acerco al pasillo de la entrada donde se encuentra la oficinita del Club: con sus paredes cubiertas por fotografías de equipos, del nuestro y de rivales. Los estantes del fondo se mostraban repletos con trofeos y otros recuerdos. Me asusté sobremodo: palpitando loco el corazón y trincándoseme de sequedad la garganta...

(pues también lo llamaban Tito: a mi niño lindo que me tiene loco de pasión; pero respiraría yo tranquilo y lancé un suspiro de alivio: “¡el hijo del señor Augusto, mataron al hijo chico del señor Augusto los niños pobres de Cuevas Perdidas con tortura y todo!”; mi primo Benigno aprovechó el pasmo del secretario: para coger sin permiso la botella de agua agria que había sobre el escritorio del presidente)

Benigno era tuerto desde que su hermanita Lidia Ester le clavó adrede un lápiz. De ello hace mucho tiempo, por los menos cuarenta años. Y la tuvieron que mandar para Tenerife con unos conocidos o familiares lejanos.

Tenían que esconder a la niña: apartarla del odio rabioso homicida de su hermano. Quien, nada más saliere del hospital, cogió el barco con un dinero que venía ahorrando para irse a Venezuela conmigo y tres amigos más.

La niña se encontraba realizando los deberes escolares: pues había Lidia Ester empezado a soñar con ser maestra. Y Benigno estaba seguro de que su hermana accedería al insoportable deseo sexual a la primera: e incluso con alegría, como le dijeron que hubo pasado con la Alacrana chica.

Lo cierto fue, don Víctor, que anduvo mi primo errando por toda Tenerife buscándola y con totalmente ya perdida la ilusión de embarcar para Venezuela: pasando calamidades sin cuentos, obsesionado por ahogarla lentamente con sus propias manotas. Pero por fortuna no logró hallarla...

(y pienso que aún hoy la mataría si no fuera por el miedo repeluzno que tiene a la cárcel: aprovechándose ella para reírsele en la misma cara y recordarle aquel trágico asunto ya tan lejano en el tiempo)

Había jurado por Dios y por la Virgen Madrita del Pino matar a mi prima con sus propias manos apretándole el cuello, sí. Y puedo asegurar que lo habría hecho si la hubiere llegado a encontrar. Ahora le ha dado por tener miedo de irse al infierno cuando muera: irse porque no hubiera cumplido su sagrado juramento de matarla.

Por aquellas fechas de juventud era Benigno muy trabajador allí en el mercado desde la madrugada: cargando y descargando más rápido y feliz que nadie. Pero se enteró de buena ley que uno de los Alacranes grandes, de su edad, se montaba diariamente y confidencial a su hermana chica de apenas doce años.

Y el totorota de mi primo acabará codiciando a Lidia Ester: que ya tenía los trece años y sin haber desarrollado plena todavía. Mas ella andaba enamorada religiosa de un catequista capitalino que subía a Sietesitios los sábados por toda la mañana.

Se había mi primita vuelto muy pudorosa y Benigno, que apenas sí venía a su casa tan sólo para cenar y dormir, lo ignorará. Dirá la criatura, llorando sonriente, que Nino le bajó las bragas y se agachó para chuparle la cosa. Ella no quería, ella gritaba. Y cogió el lápiz.